

## Los Discursos a la nación alemana de Fichte (1807-1808)

J.J. CHEVALLIER\*

Fichte, padre de la unidad alemana, y  
el hijo de la Revolución y de Napoleón  
Bertrand de Jouvenel

«La pérdida de la independencia entraña para una nación la imposibilidad de intervenir en el curso del tiempo y de determinar a su guisa sus acontecimientos. En tanto que no haya salido de esta situación, no será ella la que disponga de su tiempo ni de sí misma; será la potencia extranjera dueña de sus destinos; ella no tendrá ya, a partir de este momento, verdadera historia personal... No saldrá de este estado más que con la condición expresa de ver nacer un *mundo nuevo*, cuya creación marcará para ella el origen de una nueva época, de una época personal, que ella llenará con su particular desenvolvimiento. Pero, puesto que la nación en cuestión está sometida a una potencia extranjera, ese mundo nuevo debería ser tal que quedase ignorado de esta potencia y no excitase en modo alguno su envidia; más aún...».

¿Quién habla así, el domingo 13 de diciembre de 1807, un año y dos meses después del desastre de Jena, en el gran anfiteatro de la Academia de Berlín? Un hombre de cuarenta y cinco años, vigoroso, rechoncho, de rasgos enérgicos, de mirada severa y ardiente. Su dicción carece de arte, pero es apasionada; es un torrente, una tempestad. Este hombre se llama Johann Gottlieb Fichte. Profesor de filosofía, discípulo independiente de Kant, es tan célebre como discutido por sus ideas y temido por su carácter entero...

Estas ideas, este carácter, le había valido, hasta entonces, muchos disgustos. Había perdido en 1799, su cátedra de Jena y había tenido que fijar su residencia en Berlín. Sin dinero y sin plaza, permanecería lleno de energía y esperanza, no viendo en lo que le ocurría más que una primera resistencia a la acción vigorosa de su espíritu, y aceptando la lucha:

«Qué hombre —escribía— de acción poderosa sobre sus conciudadanos tuvo jamás otra suerte? Apostemos a que antes de diez años yo habré merecido los respetos unánimes del pueblo alemán» (julio 1799).

Acababa de obtener, en 1805, del gobierno prusiano una plaza en Erlangen cuando estalló la guerra entre Napoleón y Prusia. Esta se saldaba en algunas semanas con la más completa derrota que un pueblo hubo sufrido jamás. Fichte huye entonces de la ocupación francesa y renuncia a su cátedra de Erlangen para marchar a Koenigsberg, donde estudia a Maquiavelo. En esta hora está maduro para la lectura de *El príncipe* y los *Discorsi*; para admitir, ante el espectáculo de Prusia

---

\* J.J. CHEVALLIER, *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo a nuestros días*, Aguilar, Madrid 1955, 197-209.

aplastada, que el derecho no es, en materia internacional, más que la política de la fuerza; que la razón de Estado carece de razones; que el fin, es decir, la salud pública, la liberación de la patria de una dominación extranjera, justifica los medios. ¿Qué se ha hecho de la sed humanitaria de este “perfecto cosmopolita”, de este admirador de los franceses y de su gran Revolución?

Todavía en 1804 decía públicamente que la patria del cristiano verdaderamente civilizado de Europa era en cada época el Estado europeo que se encontrase a la cabeza de la civilización (pensaba en Francia); que el espíritu, cuidándose poco de las vicisitudes de los Estados, se volvía invenciblemente del lado donde brillaba la luz; que de este modo, animado de un sentido cosmopolita, podía uno asistir tranquilo a las catástrofes de la Historia. De ahora en adelante vemos a Fichte abrasado por una sed patriótica, que le deja tanto menos reposo cuanto que, en su concepción de los deberes del filósofo, no separó nunca el obrar del pensar.

Y cuando, a fines de agosto de 1807, por amor hacia su mujer, que se había quedado en Berlín, se decide a volver a la capital prusiana, todavía ocupada, está, desde todos los puntos de vista, armado para el combate patriótico. Puede esforzarse (como lo notará finalmente Léy-Bruhl), “por un escrúpulo honrado de filósofo”, en probar a los demás, y en probarse a sí mismo, que no se contradice predicando ahora el patriotismo en lugar del cosmopolitismo —pues el primero sería, parece, la etapa necesaria para el segundo—. ¿Cómo discutir que ha habido en él “una permuta de intereses”, que la Humanidad ha pasado al segundo plano y la patria alemana al primero, que la sed de Fichte ha cambiado de objeto?

Pero se engañaría mucho quien creyese que el filósofo no tuvo más que aparecer en Berlín para ver acudir a él a una poderosa cohorte de intelectuales, que no esperaban más que la señal de la resistencia patriótica. El prestigio militar y personal de Napoleón había barrido en muchos vencidos el orgullo nacional. ¡Con qué intempestivos discursos venía este Fichte orgulloso y de una pieza a turbar la fiesta de los aduladores de los vencedores! Necesitaba una vez más echarse adelante, provocar las envidias universitarias. ¿En qué se mezclaba? ¿Por qué él? Adivinando la agria objeción, Fichte respondería a ella en estos términos:

«¿No podría reivindicar el mismo derecho cualquiera de los millares de escritores alemanes? Y, sin embargo, ninguno lo hace, y tú eres el único en adelantarte. Mi respuesta es simple: todos habrían tenido el mismo derecho, y yo solo lo hago porque ningún otro lo ha hecho antes que yo... Hace falta siempre que uno será el primero; cualquiera que pueda debe ser ese primero».

Los amigos de Fichte, por su parte, temblaban por él. Era de temer una reacción irritada y brutal del invasor. Durante el invierno de 1807-1808, en el curso del cual fueron pronunciados los catorce *Discursos*, los regimientos franceses pasaban —eran en domingo— bajo las ventanas de la Academia y sus tambores cubrían a veces la voz del orador. Podían mezclarse espías en el auditorio. Napoleón no bromeaba: en Nuremberg, el librero Palm había sido fusilado por difusión de libelos antifranceses. Fichte lo sabía. «No dejo de hacer por ello lo que creo que es mi deber».

Se inquietaban sin motivo. Las autoridades de ocupación no concedían atención a unas arengas que el *Monitor del Imperio francés* señalaba, negligentemente como «lecciones públicas dadas en Berlín sobre el mejoramiento de la educación por un célebre profesor alemán».

Lo mejor del caso es que este título era exacto. El tema fundamental de los *Discursos* era la educación. El *mundo nuevo* anunciado por Fichte al comienzo de su primer *Discurso*, en frases que hemos leído más arriba, mundo nuevo de donde vendría la salvación para la nación alemana, debía nacer por la transformación absoluta del sistema de educación hasta entonces en vigor. «Nosotros lo hemos perdido todo —dice Fichte—, pero nos queda la educación».

Educación nueva que —según la línea general de la filosofía idealista de Fichte— libertará la *Idea, verdadera realidad, tierra prometida de la humanidad*; que asegurará por la claridad del entendimiento la pureza de la voluntad; que ahuyentará al egoísmo, fuente de todas las desdichas de Alemania. Porque la antigua educación está, según Fichte, completamente descalificada. Apela únicamente a la memoria; puede amueblar ésta:

«con ciertas palabras, con ciertas locuciones, impregnar la imaginación fría e insensible con algunas imágenes vagas y pálidas, pero no ha conseguido nunca pintar el orden moral del mundo con suficiente calor para despertar en los alumnos el amor ardiente, la nostalgia de ese orden moral, esa emoción profunda ante la cual el egoísmo desaparece como las hojas muertas al soplo del viento. Por consiguiente, esta educación no ha penetrado jamás hasta la raíz real de la vida psíquica y física. Y esa raíz, descuidada..., ha crecido de cualquier manera».

La educación antigua no ha guiado al niño más que por la enseñanza o el temor de los resultados materiales. En una palabra, nunca ha sido, ni podía ser, “el arte de formar hombres”. Tanto menos cuanto que no era dada más que a una ínfima minoría, que por ello mismo se llamaba las *clases cultivadas*.

La educación nueva, por el contrario, se dirigirá a la gran mayoría, al *pueblo*. Educación no “popular”, sino “nacional”. Ella será el arte de formar a los hombres. Ella penetrará hasta la raíz real de la vida psíquica y física. Ella hará de la cultura no un bien cualquiera, exterior al hombre, sino un elemento constitutivo del hombre mismo. Ella desarrollará verdaderamente en el alumno la actividad del espíritu creador al mismo tiempo, por lo demás, que las aptitudes corporales y la destreza en los trabajos manuales. Ella creará en él una voluntad en la que se podrá fiar con toda la tranquilidad, pues él se complacerá en la verdad y en el bien considerados en sí mismos. Ella le comunicará el verdadero sentido religioso, enseñándole a «considerar y a respetar su propia vida y cualquier otra vida espiritual como un anillo eterno en la cadena de la revelación de la vida divina». Y todas estas nociones, religiosas, morales, intelectuales, lejos de permanecer «frías y muertas», encontrarán en cada instante su expresión en la vida real del alumno. Cada uno de sus conocimientos se tornará vivo en cuanto la vida tenga «necesidad de él».

Pero tales resultados exigen ciertas condiciones. La más necesaria es que los niños formen una comunidad aparte, autónoma, sin contacto con la sociedad de los adultos corrompidos por el egoísmo. Sus maestros, bien entendido, viven con ellos, pero sus padres son cuidadosamente separados de ellos. Los dos sexos son educados juntos. En el seno de esta comunidad reducida y celosamente aislada es donde los niños pueden ser transformados en hombres, en los que se habrá grabado automáticamente la imagen del orden social comunitario.

¿Quién, pues, sino el Estado puede poner en práctica semejante plan nuevo de educación activa, que Fichte refiere expresamente, salvo importantes variantes, a Pestalozzi, el famoso pedagogo

suizo, quien, por su parte, debía mucho al Emilio de Rousseau? El Estado, porque los padres resistirán y será necesario ejercer coacción, al menos para educar a la primera generación; después, habiendo dado ya la educación nueva sus primeros frutos, no habrá resistencia. El Estado, porque harán falta inmensos recursos para hacer frente a inmensos gastos. Pero ¿puede haber inversión más ventajosa? El Estado ganará con ella generaciones formadas en el amor a la colectividad, al trabajo, a la disciplina moral; recuperará sus gastos primeros “centuplicados”.

Después de todo, pensará quizá el lector, las autoridades francesas hacían bien en no tomar por lo trágico, ni siquiera en serio, estos fantaseos pedagógicos, simpáticos, por otra parte. Los filósofos, desde Platón, fantaseaban de este modo. ¿Por qué unos administradores, unos políticos, se iban a inquietar por ello?

¡Ciertamente! Mas he aquí, en las primeras líneas del cuarto *Discurso* (pues el segundo y el tercero están consagrados a la exposición de la nueva educación, exposición reanudada y completada, por lo demás, en *Discursos* ulteriores), he aquí el golpe teatral, la inesperada confluencia de dos corrientes, la pedagógica y la nacionalista. La pedagogía más sistemática viene a unirse y a engrosar el nacionalismo más exclusivo, mal camuflado bajo las vestiduras filosóficas de un patriota herido en el corazón. Leemos, en efecto que «la cultura en cuestión», la nueva educación, únicamente el alemán, considerado «en sí y por sí», es apto para recibirla, «con exclusión de todas las demás naciones europeas», ¡y ello en virtud de un misterioso *carácter fundamental!*

Este carácter fundamental es el siguiente. El alemán, habiendo permanecido en la primitiva residencia de las tribus germánicas que conquistaron la Europa romanizada, conservó su *lengua*. Su lengua, es decir, algo primario, *primitivo* y personal, que, «desde el primer sonido emitido, no cesó nunca de originarse en la verdadera vida común, sin admitir un elemento cualquiera que no fuese la expresión de una idea personal (del) pueblo y muy armoniosamente coordinada con todas las demás ideas de la nación». Por el contrario, las otras tribus germánicas, en Francia, en Italia, en España, en todas partes, adoptaron lenguas nuevas, de origen latino, que, sin duda, modificaron poco a poco a su manera, pero que no por ello dejaron de ser algo extraño. Estas lenguas neolatinas no viven más que en la superficie; en el fondo están muertas; «aceptando la nueva esfera de idas y rompiendo con la antigua, se cercenaron a sí mismas de sus raíces vivificantes».

Los pueblos que las hablan no tienen, a decir verdad, lengua maternal. Toda la diferencia entre el alemán y los demás reside, pues, en esta oposición: «la *vida*, de una parte; la *muerte*, de la otra». No se trata de comparar el valor intrínseco de la lengua alemana y el de las demás lenguas, sino la vida y la muerte. ¿Es posible esta comparación, hablando propiamente? «La primera prevalece infinitamente sobre la segunda».

Hasta tal punto, que el alemán, por el solo hecho de hablar una lengua verdaderamente viva, se encuentra en mejor disposición para comprender el latín, lengua muerta, pero lengua madre, que el neolatino, aprisionado en su lengua sin raíces. Y poseyendo el latín más a fondo, debe, por ello mismo, poseer mejor una lengua neolatina que el mismo que la habla. «Por consiguiente, el alemán, por poco partido que sepa sacar de todas estas ventajas, dominará siempre al extranjero y lo comprenderá perfectamente, mejor que el extranjero se comprende a sí mismo».

¡Extraordinarias afirmaciones! Extraordinario desafío, arrogante, pero también conmovedor y no desprovisto de grandeza, lanzado, en el terreno del espíritu, por el vencido irrisorio al vencedor prestigioso, a guisa de “compensación” (como dicen los psicoanalistas). Charles Maurras, a la vez agrio y admirativo, tendrá este comentario: «La crítica es bella en su furia y en su ceguera voluntarista. ¡Qué desprecio por las lenguas latinas! ¡Qué horror al espíritu latino! ¡Qué fuerza para marcar el espíritu de las dos razas! Una es la muerte; la otra, la vida».

He aquí ese misterioso *carácter fundamental*. Sus consecuencias son innumerables, si creemos a Fichte (y él va a estudiarlas, a escudriñarlas en su totalidad, en el curso de los *Discursos* quinto al octavo). Haciendo esto se inspira sin cesar en Herder, quien, aun creyéndose, en la segunda mitad del siglo XVIII, el más cosmopolita de los pensadores, había destacado todos los rasgos del alemán en sí, de una Alemania ideal destinada a una gran misión histórica.

«En el pueblo cuya lengua está viva» —en Alemania—, la cultura intelectual penetra la vida entera; en los otros —los no alemanes—, la cultura del espíritu y la vida están radicalmente separadas. En virtud del mismo principio, el primero toma profundamente en serio todo lo que atañe a la cultura del espíritu; para los otros, esto no es más que una diversión superior. En el primero, espíritu y carácter; en los otros, nada más que espíritu. Del mismo modo, el primero es celoso y aplicado en todas las cosas —se toma el trabajo—; los otros se abandonan a su “naturaleza feliz”».

«En resumen, el genio extranjero desparramará flores en los senderos trillados de la antigüedad y tejerá un gracioso manto a la sabiduría de la vida, que tomará fácilmente por la filosofía; el espíritu alemán, por el contrario, abrirá nuevas minas, hará penetrar la luz y el día en los abismos y hará saltar enormes masas de pensamientos, de las que se servirán las edades futuras construirse moradas. El genio extranjero será el amable silfo..., la abeja que, hábil e industriosa, saquea la miel... Pero el espíritu alemán será el águila que, con ala poderosa, levanta su pesado cuerpo y con vigoroso y largamente ejercitado vuelo sube cada vez más alto para aproximarse al sol, cuya contemplación le encanta».

Cólera de Fichte, en consecuencia, contra la *xenomanía* de sus compatriotas, contra esta manía absurda que les lleva a imitar al extranjero, al neolatino; a admirar, so pretexto de que es “distinguida”, la literatura francesa (Fichte no la nombra, pero la reconocemos), literatura muerta, de flores artificiales, accesible solamente a las clases cultivadas.

Porque ésta es una nueva consecuencia del *carácter fundamental*. En el pueblo alemán, la gran masa de la nación es susceptible de cultura. En los otros, hay entre las clases cultivadas y el pueblo un “tabique infranqueable”; el pueblo, para estas clases, no es más que un instrumento ciego al servicio de su orgullo y de su superioridad.

Otras consecuencias. Solo el pueblo alemán ha podido mantener «un espíritu serio y realmente religioso en la vida de aquí abajo»; por eso, la última gran acción realizada por los alemanes ha sido la Reforma, debida a Lutero, «el alemán por excelencia». Y Lutero se dirigió a todos, a la totalidad de la nación alemana. Y, «como un reguero de pólvora», la preocupación por la salvación del alma se apoderó del pueblo entero. Únicamente, también, el pueblo alemán (véase Leibniz) supo conciliar religión y filosofía, hermanas enemigas, por lo demás. En vano el extranjero se aplicó al problema del establecimiento del Estado perfecto, del Estado racional, el

problema planteado desde Platón. El extranjero tuvo que renunciar a él. Y es que el «Estado racional no se deja edificar artificialmente con cualesquiera materiales; hay que comenzar por formar y modelar al pueblo en vista de este Estado. Únicamente podrá crear el Estado perfecto la nación que, por la práctica real, haya resuelto el problema de la educación del hombre perfecto».

Puesto que, en los tiempos modernos, ha sido siempre Alemania la que ha dado cima a los progresos de la cultura, y puesto que no ha cesado de existir una relación estrecha entre la nación alemana y los progresos del género humano, ¿cómo dudar que deba incumbir también a Alemania la realización de esa educación nueva, de la que, en fin de cuentas, depende todo? «Una vez arreglada esta cuestión, los demás asuntos de la Humanidad no serán ya más que un juego de niños».

Pero el *carácter fundamental* no ha agotado aún toda su virtud, ni la filosofía de Fichte, aplicada a la política, todas sus altas virtualidades. En suma, el *carácter fundamental* se reduce a que la nación alemana, que no ha sido separada de su tronco primitivo como las otras tribus germánicas, constituye «una raza primitiva, un pueblo que tiene el derecho de proclamarse pura y simplemente el pueblo», por oposición a esas tribus. Fichte hace observar que *deutsch*, alemán, tomado en su sentido literal, significa primeramente «vulgar o popular». Sí —exclama al comienzo del octavo *Discurso* (titulado *El pueblo en la más alta acepción de la palabra. El patriotismo*)—; es evidente que solo el alemán, es decir, el hombre *primitivo*, el que no está congelado en dogmas arbitrarios, tiene una patria realmente, «como siendo el único capaz de experimentar hacia su nación un amor verdadero y conforme a la razón». Este amor se llama patriotismo.

Pretende realizar «la expansión cada vez más pura, más perfecta, más armoniosa, en un progreso incesante, del principio eterno y divino en el mundo». Por eso debe dominar él al mismo Estado. El Estado no es algo primitivo que tenga su fin en sí. El Estado no es más que un medio de realización de todo lo que acaba de decirse. Toda organización «puramente mecánica» de Estado ha repugnado siempre a los alemanes. (¿Y Federico II? Fichte, sin duda, piensa aquí en el Estado francés organizado por Napoleón).

Tal es el patriotismo alemán «verdadero y todopoderoso», que, mientras dure, debe impedir que la nación sea abatida, mutilada en sus más nobles aspiraciones por un vencedor incomprensivo. Establecer este patriotismo, que había recubierto el egoísmo funesto, «de manera profunda y durable en todos los espíritus, *gracias a la educación*, considerando a nuestro pueblo como el pueblo eterno, y a vosotros mismos como ciudadanos de nuestra eternidad»: he ahí lo que Fichte pretende sugerir, con sus *Discursos*, en aquellos a quienes se dirige.

Pero, ¿a quién se dirige exactamente? De modo directo, a todos lo que están presentes en la sala de la Academia de Berlín, y que le escuchan. Pero, en realidad —Fichte lo dice, lo repite—, a *toda* la nación alemana, «hasta los últimos límites de los países de lengua alemana»; a *todos* los alemanes, sin distinción de castas ni de Estados particulares, «sin distinción de ninguna clase». «Desdén absolutamente y repudio las distinciones y las divisiones que unos acontecimientos nefastos han introducido desde hace siglos en nuestra nación». La nueva educación tendrá por fin hacer de *todos* los alemanes «una colectividad única, cuyos diversos miembros estén animados y vivificados por un único y mismo interés». Terminando uno de sus *Discursos* con la magnífica

evocación de un profeta judío, que, a una orden del Señor, devolvía la vida a unas osamentas esparcidas y desecadas. Fichte hacía de ella una vibrante aplicación a la unidad nacional, cuyos lazos estaban «tan desgarrados y dispersos sin orden ni concierto» como aquellas osamentas. «El soplo vivificante del mundo del espíritu —exclamaba— no ha cesado todavía. El cogerá igualmente las osamentas de nuestro cuerpo nacional y las compondrá para darles una nueva existencia transfigurada».

Decididamente, las autoridades ocupantes, carecían de imaginación. Los discursos pedagógicos del “célebre profesor alemán” eran muy peligrosos. Las autoridades prusianas no se lo disimulaban. Temiendo reacciones francesas, de las que sabemos que no se produjeron, fruncieron el ceño más de una vez para dar el refrendo de censura necesario para la publicación de las arengas de Fichte. Los *Discursos* que desarrollaban el *carácter fundamental* solo obtuvieron este refrendo porque la palabra *francés* no se pronunciaba en ellos textualmente, aunque, la lengua, literatura, poesía francesa fuesen aludidas en ellos.

Los censores prusianos idearon, inclusive, extraviar el manuscrito del *Discurso* décimotercero, «por un malventurado azar, después de haberle sido dado el *imprimatur*» (nota de censura). Este *Discurso* décimotercero trataba, como el décimosegundo, del siguiente tema, de apariencia inofensiva: «Medios de conservarnos hasta la realización de nuestro fin principal» —siendo este fin la formación de una generación nueva por medio de la nueva educación—. El asunto tratado daba pretexto para amargos sarcasmos contra los aduladores alemanes de Napoleón, el «gran genio que, según ellos, dirige los asuntos humanos», y, por repercusión, contra Napoleón mismo: si éste fuese «verdaderamente grande», no aceptaría que se le aplicase un epíteto que solo el juicio de la posteridad podría aseverar. Se podía leer también en este décimotercero *Discurso* una áspera requisitoria contra la idea de monarquía universal— que iba a establecer, según sus aduladores, Napoleón, el «dueño del mundo»—. ¡Fantasma “odioso y absurdo”, decía Fichte; indigno del carácter “sólido y serio” de los alemanes! Lisonja de literatos que:

«para consolarnos de todas nuestras desdichas, nos hacen esperar que también nosotros seremos de esa monarquía universal que comienza. ¿Daremos crédito a sus afirmaciones de que se ha encontrado un individuo que habría decidido amasar todos los gérmenes de humanidad hallados en el género humano para verter esta pasta blanda en un molde cualquiera? Brutalidad tan monstruosa, desafío semejante a todo el género humano, ¿serían posibles en nuestra época?

El décimocuarto y último *Discurso* —*Conclusión*—, en que la llamada al combate espiritual suena a veces netamente (aunque Fichte no quiera reconocerlo) como una llamada a las armas— dió también preocupaciones a la censura prusiana, que exigió algunas modificaciones.

Es muy bella esta *Conclusión*. El orador se vuelve sucesivamente hacia los jóvenes; hacia los viejos y los hombres de negocios; hacia los pensadores, sabios y literatos «todavía dignos de este nombre»; hacia los príncipes alemanes —que dieron su parte, dice rudamente, “en la preparación de las desgracias” que les han herido al mismo tiempo que a sus pueblos—; en fin, hacia “todos vosotros alemanes..., cualquiera que sea vuestro rango social”. Invoca a los antepasados de las edades lejanas, que opusieron sus cuerpos a la tentativa de Monarquía universal de Roma y «conquistaron con su sangre la independencia de las montañas, de las llanuras y de los ríos, que se han convertido actualmente en presa de los extranjeros».

Une a su voz la de los antepasados más recientes que, en los tiempos de la Reforma, cayeron en la lucha sagrada por la libertad de religión y de conciencia. Hace hablar a los descendientes aun por nacer de los alemanes que le escuchan: «no nos forcéis a sonrojarnos de nuestro origen por haber sido éste vil, bárbaro y servil». Más aún —exclama—: «la Providencia misma, el plan divino que presidió la creación del género humano y que no existe más que para ser pensado por los hombres y realizado por ellos, os conjuran a que les conservéis el honor y la existencia». ¿Cómo? Obrando de manera que, frente al extranjero, el espíritu alemán se levante y quede en pie.

«Podéis elegir. ¿Queréis ser un punto terminal, los últimos representantes de una raza despreciable y depreciada más allá de toda medida por la posteridad?... ¿O bien queréis ser un punto inicial, el comienzo de una época nueva, cuyo esplendor sobrepasará vuestros sueños más audaces?... Reflexionad que sois los últimos en poder provocar esta gran transformación... Vuestra salvación depende de vosotros solos: creo necesario repetíroslo hasta el último momento. La lluvia, el rocío, los años fértiles o infértiles, pueden venirnos de una fuerza desconocida, sustraída a nuestra influencia; pero la existencia completamente particular de los hombres, toda la situación del género humano, no depende más que de los hombres... Los hombres solos se convierten en el juguete de esa potencia oculta cuando son todos igualmente ciegos e ignorantes; pero les corresponde no ser ciegos e ignorantes».

Se ha hablado antes de las “vestiduras filosóficas” con que Fichte adorna con frecuencia su nueva idolatría de Alemania; ¡Alemania, única patria verdadera; pueblo alemán, *único pueblo* en las más alta acepción de la palabra! Hemos hablado de esa permuta de intereses que se ha producido en el filósofo entre la realización de la humanidad, pasada a segundo plano, y la salvación de la patria alemana, pasada a primer plano.

Las últimas líneas de la *Conclusión* ilustran con esplendor este nuevo estado del alma y de pensamiento en Fichte después de Jena, esta forma nueva y completamente alemana de un *universalismo*, al cual, a pesar de todo, su formación filosófica le prohíbe renunciar. *Únicamente* Alemania, en adelante, y no ya cualquier Estado, y no ya, sobre todo, Francia está calificada para realizar la humanidad, para ser entre los pueblos lo que el verdadero filósofo, lo que el verdadero sabio debe ser entre los hombres: el que crea las más altas verdades y las vulgariza con su predicación. ¡Si Alemania desaparece, la Humanidad está perdida! ¿Qué alemán, escuchando a Fichte aquel domingo de invierno en Berlín, no se habría sentido galvanizado por lo que sigue?

«Si hay alguna parcela de verdad en lo que hemos expuesto en estos discursos, sois vosotros quienes, entre todos los pueblos modernos, poseéis más netamente el germen de la perfectibilidad humana y *a quienes corresponde la precedencia en el desenvolvimiento de la Humanidad*. Si vosotros desaparecéis en vuestra esencia, todo el género humano perderá la esperanza de poder salvarse un día de la profundidad de sus males. No os consoléis meciéndoos en la esperanza ilusoria... de que a la desaparición de la civilización existente sucederá otra surgida de las ruinas de la primera... No hay salida: si vosotros os hundís, la Humanidad entera se hunde con vosotros, sin esperanza de restauración futura. He ahí lo que, al terminar mis discursos, quería y debía recomendaros. Y, a través de vosotros, mi recomendación se dirige al *conjunto de la nación*, cuyos representantes aquí sois vosotros».

¡Pues bien, la gran mayoría de los oyentes de Fichte no se sintió en modo alguno galvanizada! A su vibrante llamada «el público no respondió apenas más que con el silencio» (X. León). Parece que este público estaba prevenido contra él. Para unos alemanes resignados a la derrota, y que bizqueaban hacia el vencedor, una predicación tan exaltada tenía que parecer fuera de lugar. Además, Fichte tenía muchos enemigos en los medios intelectuales de Berlín. Estos enemigos eran muy influyentes. Y en cuanto a los amigos de Fichte, solamente algunos hicieron acto de presencia.

Todo permite pensar que los *Discursos* no fueron, en manera alguna, un acontecimiento intelectual del invierno berlinés de 1807-1808. Pero si fueron mal escuchados, debían ser — gracias a su publicación, disputada palmo a palmo a la censura prusiana— mejor leídos. Leídos con admiración, con exaltación, por todos aquellos que en Alemania, a pesar de la derrota o a causa de ella, esperaban ávidamente una “palabra de regeneración”. Fichte, aquel hombre “maravilloso”, devolvía valor y fe al patriotismo “humillado trastornado”. Uno de sus detractores, amigo de Burke, adversario de la Revolución y, al mismo tiempo, de la filosofía de Fichte, a quien juzgaba quimérico y antisocial, confesaba con entusiasmo: «nadie ha hablado todavía de la nación alemana con este ardor, con esta profundidad, con este orgullo». Richter — aun reprochándole a Fichte su prejuicio protestante que desdeña a la Alemania católica—, sentía latir en los *Discursos* el corazón mismo de la patria alemana. En su fondo y en su forma reconocía «muchas plumas procedentes de las alas de Lutero, de esas alas que estaban menos hechas para volar que para golpear».

¡Con qué fuerza, en efecto, había golpeado Fichte; con qué desprecio había flagelado a las almas endebles, pasmadas ante el vencedor extranjero y las modas francesas; con qué acentos de clarín vengador había llamado a la unión de las almas fuertes y había tocado la diana de la esperanza resucitada!

«¡Cómo! En el momento mismo en que Prusia acababa de derrumbarse..., en que quince millones de alemanes se sentían orgullosos de ser los aliados de Napoleón, ¿se podía no desesperar? ¿Podía Alemania creer todavía en su derecho a la existencia como nación, en la posibilidad de reparar sus desastres, en su superioridad moral sobre el vencedor? Creía en todo ello instintivamente: Fichte le demuestra que tenía derecho a esa creencia» (L. Lévy-Bruhl).

Muy pronto, Arndt, autor del poema patriótico célebre: *¿Cuál es la patria de un alemán?*, calificará a Fichte de *philosophus teutonicus*.

Fichte había predicado la emancipación. Con palabras encubiertas, pero suficientemente elocuentes, había anunciado la liberación nacional. La hora de ésta comenzó a sonar en marzo de 1813, a favor de los desastres del Gran Ejército en las llanuras de Rusia. El rey de Prusia declaró la guerra a Francia. Fichte pidió, como ya lo había hecho vanamente antes de Jena, servir como una especie de “capellán laico”, predicando a los soldados el verdadero patriotismo y la verdadera religión; en suma, la filosofía de Fichte. Rechazada su petición, como era de rigor, aprendió el manejo del fusil e hizo la instrucción en una plaza de Berlín, en compañía de otros intelectuales eminentes, entre ellos algunos de sus enemigos. ¡Trabajo perdido! El tifus se lo llevaba el 29 de enero de 1814. El prusiano Blücher acababa de entrar victoriosamente en

Francia. ¿Comprendió Fichte, ya con el cerebro tocado, el alcance de esta noticia? Se ha pretendido.

Fichte no tenía más de cincuenta y dos años. Su filosofía había perdido entonces todo crédito, y su muerte pasó, dice X. León, «casi inadvertida» Él había sido, sin embargo, el indiscutible heraldo de la regeneración nacional: profeta, en suma de los tiempos nuevos, en la medida en que éstos iban a ver exaltarse hasta el paroxismo en muchos países, paralelamente al odio al extranjero, la pasión nacional.

Cuando Alemania hubiese realizado su unidad, después de 1871, Fichte, profeta alemán de las edades nacionalistas, encontraría en ella un puesto de honor. Pero en modo alguno, en verdad, por sus aspiraciones nobles y abstractas a la realización de la Humanidad —que él se había ingeniado, aun en pleno fervor nacionalista, para no sacrificar—, sino únicamente por haber dado a la Alemania moderna, con su revelación del *carácter fundamental*, una conciencia, por fin clara, de sí misma y de su superioridad (del mismo modo que Sieyès había dado al Tercer Estado conciencia de sí mismo y de su primacía legítima). Únicamente por haber enseñado tan bien, con tan fuerte convicción, a la nación alemana ese «*inimitable sabor* —como dice Valéry— *que no encuentras más que en ti mismo*».

Sabemos ya que en el curso del siglo debía desarrollarse otra pasión, tan devoradora en el corazón de los hombres como la pasión nacional y, como ella, espoleada por la Revolución: la pasión igualitaria (igualitaria).